



SERIE ÁRBOLES

ÁRBOLES

PARTE 4 • RESTAURACIÓN

La Restauración Conlleva Responsabilidad

TAMPA LIFE CHURCH

Guía de Estudio Bíblico

INTRODUCCIÓN

El milagro del ciego en Betsaida a menudo se recuerda porque Jesús lo sanó en dos etapas. Nos maravillamos ante el milagro progresivo, el momento en que el hombre declaró por primera vez: “Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan”, y luego experimentó la restauración completa después del segundo toque. Sin embargo, el Espíritu Santo no preservó este relato solamente para enseñarnos que Dios a veces obra progresivamente. El relato no concluye cuando la vista del hombre es restaurada. En realidad, el milagro alcanza su clímax solo después de que Jesús le da una orden. Su vista restaurada queda inmediatamente acompañada de una responsabilidad restaurada.

Esto revela un principio que resuena a lo largo de toda la Escritura: cada acto de la gracia de Dios crea un llamado correspondiente a una mayor obediencia. Dios nunca nos restaura simplemente para que disfrutemos la bendición de la restauración. Nos restaura para que caminemos de manera diferente a como caminábamos antes. La salvación no es meramente liberación del pecado; es liberación hacia una nueva forma de vivir. La sanidad no es simplemente libertad del quebranto; es el comienzo de una mayordomía fiel. La restauración nunca es el destino final de Dios: es su punto de partida para la transformación.

Marcos deliberadamente registra que después de que Jesús abrió los ojos del hombre, inmediatamente dirigió sus pasos. Este orden es significativo. Dios primero cambia nuestra visión, luego cambia nuestra dirección. Primero restaura nuestra capacidad de ver, luego nos enseña por dónde debemos y no debemos caminar. Hasta que nuestra dirección cambie, la restauración no ha cumplido su propósito completo.

Este mismo principio se encuentra a lo largo de toda la Biblia. Cuando Israel cruzó el Mar Rojo, su jornada no estaba completa solo porque fueran libres de Egipto. La libertad creó la responsabilidad de convertirse en el pueblo del pacto de Dios. Cuando Noé salió del arca hacia una tierra renovada, Dios inmediatamente estableció nuevos mandamientos y responsabilidades (Génesis 9:1-7). Cuando Lázaro salió de la tumba, Jesús no simplemente celebró su resurrección; ordenó a los que estaban alrededor: “Desatadle, y dejadle ir” (Juan 11:44). Todo milagro de restauración va seguido de instrucciones para vivir.

Nuestro mundo a menudo enseña que la libertad significa vivir sin restricciones, pero la Escritura enseña lo contrario. La libertad bíblica no es la ausencia de límites; es la capacidad de vivir dentro de los límites de Dios sin la esclavitud del pecado. Adán era libre dentro del huerto porque honraba el mandamiento de Dios. Israel permaneció bendecido mientras caminaba en los estatutos de Dios. Jesús mismo declaró: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32, RVR1960). La libertad siempre ha estado conectada a la obediencia fiel.

La conclusión de la serie ÁRBOLES, por lo tanto, cambia nuestra atención de la visión a la mayordomía. La pregunta ya no es: “¿Puedes ver?”. La pregunta se convierte en: “¿Qué harás con lo que Dios te ha mostrado?”. Jesús no restauró la vista de este hombre para que siguiera viviendo como un ciego. Lo restauró para que cada paso posterior reflejara el milagro que había tenido lugar dentro de él. Lo mismo es cierto para todo creyente. Nuestro testimonio no se demuestra solo por lo que sucedió en el altar,

sino por cómo caminamos después de salir de él.

La vida cristiana alcanza su mayor madurez cuando entendemos que toda bendición conlleva responsabilidad, todo milagro requiere mayordomía, y todo toque de Dios nos llama a una obediencia más profunda. La restauración nunca está completa hasta que cambia la manera en que vivimos.

TEXTO PRINCIPAL (RVR1960):

“Vino luego a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocara... Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirara; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos. Y lo envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.”

MARCOS 8:22-26, RVR1960

Esta orden final se convierte en el fundamento de toda la lección.

El milagro no estaba completo cuando los ojos del hombre fueron abiertos.

El milagro estuvo completo cuando su vida comenzó a moverse en una nueva dirección.

01

TREES SERIES • STUDY POINT

LA RESTAURACIÓN ESTÁ DESTINADA A PRODUCIR TRANSFORMACIÓN

Uno de los mayores malentendidos en el cristianismo moderno es creer que los milagros de Dios existen principalmente para hacer nuestra vida más cómoda. Aunque Dios ciertamente sana, libera, restaura y bendice a su pueblo, ninguno de estos actos es un fin en sí mismo. Todo milagro es una invitación a una mayor conformidad a la imagen de Cristo. El objetivo de Dios nunca ha sido simplemente mejorar nuestras circunstancias; su objetivo siempre ha sido transformar nuestro carácter.

Esta verdad se hace inconfundiblemente clara en la historia del ciego de Betsaida. Jesús pudo haberlo sanado instantáneamente y despedirlo sin decir una palabra más. En cambio, después de restaurar su vista, inmediatamente le dio instrucciones. La orden no fue algo secundario; fue parte del milagro mismo. Cristo entendía que una vista restaurada sin una vida transformada eventualmente se convertiría en una vista desperdiciada.

A lo largo de la Escritura, la mayor preocupación de Dios no es simplemente cambiar nuestra situación, sino cambiarnos a nosotros. Israel clamó por liberación de la esclavitud egipcia, y Dios respondió con grandes señales y maravillas. Sin embargo, su propósito final nunca fue simplemente sacarlos de Egipto. Él pretendía sacar a Egipto de ellos. Su liberación fue el comienzo de un proceso de toda una vida para convertirse en una nación santa, un real sacerdocio y un pueblo apartado para Él.

Muchos creyentes se regocijan cuando Dios quita el dolor, restaura relaciones, sana el quebranto o provee respuestas milagrosas a la oración, pero no logran reconocer que estas bendiciones crean

nuevas responsabilidades. La gracia nunca es permiso para permanecer sin cambio. La gracia empodera el cambio. La misericordia no excusa la desobediencia continua; provee otra oportunidad para caminar en obediencia.

Pablo captura esta verdad de forma hermosa:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.”

ROMANOS 12:1 (RVR1960)

Nótese el orden. Debido a las misericordias de Dios, somos llamados a presentarnos como sacrificio vivo. La misericordia siempre conduce a la consagración. Las bendiciones de Dios nunca deben producir complacencia espiritual; deben producir una entrega más profunda.

Esto es precisamente lo que Jesús reprendió en Betsaida. La ciudad había sido testigo de milagro tras milagro, y sin embargo su pueblo permaneció sin cambio. Admiraban lo sobrenatural sin permitir que lo sobrenatural transformara sus corazones.

Jesús declaró:

“¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que, sentadas en cilicio y ceniza, se hubieran arrepentido.”

LUCAS 10:13 (RVR1960)

Los milagros estaban destinados a producir arrepentimiento.

Esa declaración debería hacer que todo creyente examine su propio corazón. Es completamente posible experimentar las bendiciones de Dios repetidamente mientras se resiste la transformación que esas bendiciones fueron diseñadas para lograr. Podemos celebrar oraciones contestadas mientras ignoramos áreas de orgullo. Podemos regocijarnos en la sanidad mientras nos negamos a perdonar. Podemos testificar de la bondad de Dios mientras seguimos alimentando amargura, ira, celos o temor.

Dios nunca realiza milagros simplemente para impresionarnos. Todo milagro nos llama al arrepentimiento, a la santidad, a una fe mayor y a una intimidad más profunda con Él.

Por eso la Escritura conecta continuamente la salvación con la transformación.

Pablo escribe:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 CORINTIOS 5:17 (RVR1960)

Nótese que Pablo no dice simplemente que nuestro destino cambia; dice que nuestra identidad cambia. La salvación no solo altera hacia dónde vamos después de la muerte. Transforma quiénes somos mientras estamos vivos. Los patrones antiguos comienzan a morir. Los deseos antiguos pierden su poder. Los hábitos antiguos ya no nos definen porque Cristo nos ha hecho nuevos.

Asimismo, Ezequiel profetizó que bajo el Nuevo Pacto, Dios realizaría una transformación interna que ningún esfuerzo humano podría lograr.

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros... y haré que andéis en mis estatutos.”

EZEQUIEL 36:26-27 (RVR1960)

Nótese el propósito de Dios. Él no promete simplemente un corazón nuevo para que nos sintamos mejor; nos da un corazón nuevo para que caminemos de manera diferente. La transformación siempre resulta en obediencia.

Esto es exactamente lo que el Pastor enfatizó a lo largo de este mensaje. Jesús no restauró la vista del ciego para que siguiera viviendo como si nada hubiera pasado. El milagro exigía un estilo de vida diferente. El hombre que antes tenía que ser guiado de la mano ahora tendría que caminar según la voz de Cristo.

El mismo principio se aplica a nosotros.

Si Dios ha restaurado tu matrimonio, tu hogar debe reflejar su restauración.

Si Dios te ha librado de la adicción, tus hábitos diarios deben testificar de esa liberación.

Si Dios ha perdonado tus pecados, tus relaciones deben comenzar a mostrar perdón hacia los demás.

Si Dios te ha llenado de su Espíritu, el fruto del Espíritu debe hacerse cada vez más evidente en tu vida.

Pablo identifica esa evidencia continua:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...”

GÁLATAS 5:22-23 (RVR1960)

Aunque hablar en lenguas es la evidencia inicial de recibir el Espíritu Santo (Hechos 2:4), el fruto del Espíritu se convierte en la evidencia continua de que el Espíritu está transformando activamente nuestras vidas. El Espíritu Santo no es meramente una experiencia para recordar; es una Persona que continuamente moldea nuestro carácter a la semejanza de Jesucristo.

Cada año de caminar con Dios debería revelar un crecimiento espiritual medible. Deberíamos volvernos más pacientes de lo que éramos. Más perdonadores. Más humildes. Más generosos. Más amables. Más fieles. Más dominio propio. La madurez espiritual no se mide por cuánto tiempo hemos asistido a la iglesia, sino por cuánto se ha formado Cristo dentro de nosotros (Gálatas 4:19).

La mayor tragedia no es dejar de recibir un milagro.

La mayor tragedia es recibir uno y permanecer igual.

Betsaida experimentó milagros pero rechazó el arrepentimiento.

El ciego experimentó un milagro y obedeció el mandato de Cristo.

La diferencia nunca fue el milagro.

La diferencia fue la respuesta.

Esa misma pregunta ahora confronta a todo creyente.

¿La restauración de Dios ha cambiado únicamente nuestras circunstancias, o ha transformado la manera en que vivimos?

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Piensa en una oración contestada o una bendición reciente. ¿Solo cambió tus circunstancias, o te cambió a ti? Escribe una manera específica en que Dios te está llamando a una mayor entrega.

.....

.....

.....

.....

02

TREES SERIES • STUDY POINT

LA RESTAURACIÓN ELIMINA LAS EXCUSAS E INTRODUCE LA RESPONSABILIDAD

Una de las realidades más solemnes de este pasaje es que el milagro hizo más que restaurar la vista del hombre: eliminó toda excusa que la ceguera alguna vez le había proporcionado. Antes de conocer a Jesús, no se podía esperar que el ciego caminara independientemente porque no podía ver. Otros tenían que guiarlo, protegerlo y llevarlo a donde necesitara ir. Su condición explicaba su dependencia. Su ceguera justificaba sus limitaciones. Pero en el momento en que Jesús restauró su visión, esas explicaciones ya no aplicaban. El milagro no solo cambió lo que él podía ver; cambió lo que Dios ahora esperaba de él.

Este es uno de los propósitos frecuentemente pasados por alto de la restauración a lo largo de la Escritura. Dios nunca nos restaura simplemente para devolvernos al mismo estilo de vida que antes vivíamos. Toda bendición de Dios eleva el estándar de responsabilidad, porque una mayor revelación siempre trae una mayor responsabilidad. El Señor nunca aumenta nuestro entendimiento sin también esperar mayor obediencia. Él nunca concede una nueva visión sin esperar una nueva dirección.

Jesús enseñó este principio repetidamente a lo largo de su ministerio.

“Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará...”

LUCAS 12:48 (RVR1960)

El Reino de Dios no opera según la definición del mundo sobre el privilegio. En el Reino, toda bendición conlleva mayordomía. Todo don conlleva responsabilidad. Toda revelación exige una respuesta. Cuando Dios nos confía más, amorosamente espera más de nosotros, no porque sea severo, sino porque nos está preparando para una mayor utilidad en su Reino.

Este principio se puede ver desde Génesis hasta Apocalipsis. Adán fue colocado en un huerto perfecto, pero con ese privilegio venía la responsabilidad de obedecer el mandamiento de Dios respecto al árbol del conocimiento del bien y del mal. Israel fue liberado a través del Mar Rojo, pero su libertad requería inmediatamente obediencia al pacto. Salomón recibió una sabiduría incomparable, pero se esperaba que gobernara Israel conforme al temor del Señor. Pedro recibió la revelación de que Jesús era el Cristo, pero esa revelación exigía una vida de discipulado fiel.

Dios nunca ha separado la bendición de la responsabilidad.

Esta verdad también explica por qué el crecimiento espiritual a veces puede sentirse incómodo. A menudo oramos para que Dios nos eleve, nos aumente, nos bendiga y nos use más grandemente, y sin embargo cada respuesta a esas oraciones introduce una mayor responsabilidad. La promoción en el Reino de Dios nunca se trata simplemente de mayor influencia; se trata de mayor fidelidad. Mientras

más alto Dios levanta a un creyente, más profundo espera que se vuelva su carácter.

El ciego sin duda se regocijó de poder finalmente ver, pero con la vista restaurada vino la expectativa restaurada. Ya no podía seguir viviendo como si aún estuviera ciego. Ya no podía depender de otros para que lo guiaran a donde Cristo ya le había dado la capacidad de caminar. Jesús le estaba enseñando amablemente que la temporada de indefensión había terminado.

Esta verdad habla poderosamente a todo creyente. Hay temporadas en nuestro caminar con Dios en las que otros nos cargan. Los padres nos enseñan a orar. Los pastores nos enseñan la Palabra. Los mentores espirituales nos animan cuando nuestra fe es débil. Los amigos interceden por nosotros durante temporadas difíciles. La iglesia nos rodea de fortaleza mientras todavía estamos aprendiendo a caminar con Cristo. Estas temporadas son hermosas expresiones de la misericordia de Dios, y ninguno de nosotros debería despreciarlas jamás.

Sin embargo, la intención de Dios nunca es que permanezcamos espiritualmente dependientes para siempre.

El escritor de Hebreos se dirigió a creyentes que habían permanecido inmaduros mucho después de que debieron haber crecido.

“Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar...”

HEBREOS 5:12 (RVR1960)

Su problema no era falta de oportunidad. Habían recibido suficiente enseñanza para llegar a ser creyentes maduros, pero habían fallado en desarrollarse. En lugar de alimentar a otros, todavía dependían de otros para ser alimentados. En lugar de mantenerse firmes durante las pruebas, todavía requerían aliento constante. Su infancia espiritual se había vuelto cómoda.

Este es el peligro que Jesús aborda a través del milagro en Betsaida. Al principio de la historia, el ciego está siendo guiado por otros. Al final de la historia, Jesús lo envía a caminar por sus propios pies. Esa transición no es incidental: es el retrato de la madurez espiritual.

Hay un simbolismo profundo en esta progresión. Otros lo trajeron a Jesús, pero Jesús esperaba que se fuera de manera diferente a como había llegado. Las manos que antes lo guiaban ya no eran necesarias porque Cristo lo había equipado para caminar con confianza. El milagro había logrado más que una vista restaurada; había producido un hombre capaz de caminar bajo responsabilidad personal.

Así es exactamente como funciona el discipulado. Hay una temporada en la que dependemos fuertemente de otros, pero el discipulado saludable siempre nos mueve hacia la comunión personal con Dios. Eventualmente, debemos aprender a orar porque amamos su presencia, no simplemente porque alguien nos lo recuerda. Debemos aprender a estudiar las Escrituras porque tenemos hambre de la verdad, no simplemente porque el estudio bíblico está programado. Debemos adorar porque nuestros

corazones rebosan de gratitud, no simplemente porque todos a nuestro alrededor están levantando las manos.

Pablo describió este proceso cuando escribió:

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe... a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.”

EFESIOS 4:13 (RVR1960)

La meta del discipulado es la madurez. Dios no desea una niñez espiritual perpetua. Él desea hijos e hijas que conozcan su voz, caminen en sus caminos, discierne su voluntad y administren fielmente lo que Él les ha confiado.

Quizás uno de los mayores obstáculos para esta madurez es que nuestro quebranto puede volverse familiar. El dolor tiene una manera de moldear nuestra identidad si no tenemos cuidado. Los fracasos pasados, las decepciones, las heridas emocionales, e incluso las temporadas de esclavitud pueden entretejerse tan profundamente en nuestro pensamiento que comenzamos a definirnos por ellas. Nos acostumbramos a decir: “Así soy yo”, o “Así he sido siempre”.

Pero Jesús se rehúsa a dejarnos allí.

Su restauración habla directamente a toda excusa que nos impide llegar a ser quienes Él nos creó para ser. No podemos seguir culpando al ayer por resistir la obediencia hoy. No podemos seguir identificándonos por la condición de la cual Cristo ya nos ha librado. La gracia reconoce dónde hemos estado, pero se niega a permitir que nuestro pasado determine nuestro futuro.

Esto no significa que neguemos la realidad de nuestras cicatrices. Significa que nos rehusamos a dejar que nuestras cicatrices sean nuestra identidad. El apóstol Pablo entendió esto hermosamente. Aunque a menudo hablaba de su pasado como perseguidor de la iglesia, nunca permitió que ese pasado dictara su llamado presente.

En cambio, declaró:

“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante.”

FILIPENSES 3:13 (RVR1960)

Pablo no estaba fingiendo que su pasado nunca existió. Más bien, se rehusó a permitir que limitara lo que Dios pretendía lograr a través de él.

El mismo principio se aplica a nosotros. Lo que Cristo ha restaurado, ahora debemos administrarlo. Lo que Él ha sanado, debemos protegerlo. Lo que Él ha revelado, debemos obedecerlo. Lo que Él ha

perdonado, debemos dejarlo atrás.

El ciego ya no podía vivir como si todavía estuviera esperando que alguien lo tomara de la mano.

Jesús ya había colocado dentro de él todo lo necesario para caminar hacia adelante.

Y lo mismo ha hecho por nosotros.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Qué excusa has estado usando para evitar un paso de obediencia? ¿Para qué te ha equipado Dios ya, de modo que puedas caminar por ti mismo?

03

TREES SERIES • STUDY POINT

LOS LÍMITES NO SON CASTIGO: SON LA PROTECCIÓN DE DIOS

Quizás la parte más sorprendente de este milagro no es que Jesús sanara al ciego en etapas, sino que estableciera límites de inmediato para el hombre después de restaurar su vista. Las palabras finales del Señor parecen casi inesperadas.

“Y lo envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.”

MARCOS 8:26 (RVR1960)

A primera vista, estas instrucciones casi parecen restrictivas. ¿Por qué realizaría Jesús un milagro tan extraordinario solo para limitar a dónde podía ir el hombre? ¿No tendría más sentido animarlo a regresar y testificar ante todos los que lo conocían? ¿No tendría el milagro el mayor impacto si se mostrara públicamente?

Sin embargo, Jesús entendía algo que a menudo pasamos por alto: la vista restaurada debe ser protegida antes de que pueda ser fructífera. El milagro estaba completo, pero el hombre todavía estaba aprendiendo a vivir con lo que Cristo le había dado. Sus ojos habían sido sanados, pero sus hábitos, relaciones y ambiente todavía tenían el potencial de influenciarlo. El Señor sabía que regresar

inmediatamente a la atmósfera que había rodeado su ceguera lo expondría a un peligro innecesario.

Esto revela un principio espiritual atemporal. Dios no establece límites porque desee reducir nuestro gozo; establece límites porque desea preservarlo. Todo mandamiento que Dios da está motivado por su amor. Sus instrucciones nunca son barreras para la vida abundante: son el camino hacia la vida abundante.

David entendió esto cuando escribió:

“Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre.”

SALMOS 16:11 (RVR1960)

Nótese que Dios revela una senda. Una senda tiene dirección. Una senda tiene límites. Una senda separa al caminante de los peligros que existen a ambos lados. Esos límites no son evidencia de que Dios esté reteniendo algo mejor; son evidencia de que Él sabe dónde se encuentra la vida.

Esto ha sido cierto desde el principio mismo.

Cuando Dios colocó a Adán y Eva en el huerto del Edén, los rodeó de una libertad abrumadora. Todo árbol estaba disponible para ellos, excepto uno.

“De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás...”

GÉNESIS 2:16-17 (RVR1960)

El mandamiento respecto a un árbol no pretendía disminuir su libertad. Protegía todo lo demás que se les había dado. Satanás, sin embargo, convenció a Eva de interpretar el límite de Dios como privación en lugar de protección. En lugar de ver el mandamiento como una expresión de la bondad de Dios, comenzó a verlo como una limitación a su felicidad.

Ese mismo engaño continúa hoy.

Muchas personas ven la santidad bíblica como restricción en lugar de protección. Preguntan por qué a Dios le importa a dónde vamos, qué vemos, quién nos influencia, o cómo conducimos nuestras relaciones. Sin embargo, cada uno de los mandamientos de Dios fluye de su conocimiento perfecto del corazón humano. Él ve peligros mucho antes de que nosotros los reconozcamos. Lo que hoy parece inofensivo puede convertirse en esclavitud mañana. Lo que comienza como un compromiso casual puede remodelar lentamente nuestros afectos hasta que nuestros corazones se alejen de Él.

El salmista reconoció este peligro y oró:

“Ordena mis pasos con tu palabra, y ninguna iniquidad se enseñoree de mí.”

SALMOS 119:133 (RVR1960)

No simplemente le pidió a Dios que perdonara sus errores; le pidió a Dios que dirigiera sus pasos. Entendió que la protección comienza mucho antes de que ocurra el desastre. Comienza cuando Dios dirige por dónde caminamos.

Esto es precisamente lo que Jesús estaba haciendo con el ciego. La orden, “No regreses a la aldea”, no era un castigo por dónde había estado. Era protección para hacia dónde lo llevaba Dios.

A veces suponemos que, porque Dios nos ha sanado, ahora somos lo suficientemente fuertes para regresar a cada ambiente que alguna vez nos influenció. Sin embargo, la Escritura enseña consistentemente lo contrario. La liberación no elimina la necesidad de discernimiento. La restauración no elimina la necesidad de sabiduría. De hecho, aquellos que han experimentado las mayores victorias a menudo se convierten en los objetivos principales de los ataques del enemigo.

Pedro advirtió a los creyentes:

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.”

1 PEDRO 5:8 (RVR1960)

Nótese que Pedro no escribió esas palabras a incrédulos. Las escribió a cristianos. La vigilancia espiritual no es evidencia de temor; es evidencia de madurez. Permanecemos vigilantes porque reconocemos que nuestro adversario continuamente busca oportunidades para debilitar nuestra devoción a Cristo.

Por eso Proverbios enfatiza repetidamente la importancia de guardar nuestra vida interior.

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.”

PROVERBIOS 4:23 (RVR1960)

La palabra guardar lleva la idea de proteger, resguardar o vigilar algo precioso. Salomón entendió que el corazón determina la dirección de la vida. Si el corazón es guardado, la vida permanece saludable. Si el corazón es descuidado, todo lo demás eventualmente sufre.

Jesús estaba ayudando al ciego a guardar su corazón antes de que el enemigo alguna vez tuviera la oportunidad de atacarlo.

¿Cuántas veces los creyentes pierden lo que Dios ha restaurado porque subestiman el poder de los ambientes antiguos? Un matrimonio es restaurado, y sin embargo la pareja sigue escuchando voces que fomentan la división en lugar de la reconciliación. Un creyente es librado de la adicción, y sin embargo sigue pasando tiempo con compañeros que normalizan el mismo estilo de vida del cual Cristo lo libró. Una persona experimenta una renovación espiritual genuina, y sin embargo sigue alimentándose de entretenimiento, conversaciones e influencias que erosionan lentamente la sensibilidad a la voz de Dios.

La Escritura nos recuerda:

“No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.”

1 CORINTIOS 15:33 (RVR1960)

Pablo no estaba enseñando aislamiento del mundo; estaba enseñando discernimiento respecto a la influencia. Toda voz nos moldea. Toda relación deja una huella. Todo ambiente fortalece nuestro caminar con Dios o debilita nuestra sensibilidad espiritual.

Por eso Jesús trazó una línea clara para el hombre en Betsaida. La aldea representaba más que geografía; representaba una atmósfera que ya había demostrado incredulidad. Betsaida había sido testigo de milagro tras milagro y aún se negaba a arrepentirse (Mateo 11:21). Regresar inmediatamente a ese ambiente hubiera expuesto al hombre al mismo espíritu de incredulidad que impregnaba la ciudad.

Hay temporadas en nuestras vidas en las que la decisión más sabia es simplemente no regresar. No porque odiamos a las personas, sino porque amamos lo que Dios ha restaurado. Hay conversaciones que no podemos permitirnos entretener, relaciones que no podemos permitir que moldeen nuestro pensamiento, hábitos que no podemos visitar, y lugares que no podemos seguir frecuentando. No porque intentemos ganar el favor de Dios, sino porque deseamos proteger la obra que su gracia ya ha realizado dentro de nosotros.

Este es el corazón de la santidad bíblica. La santidad no se trata de construir muros para evitar que disfrutemos la vida; se trata de construir convicciones que preserven la vida que Dios nos ha dado. No es legalismo: es mayordomía. Es reconocer que lo que Dios ha restaurado es demasiado valioso para exponerlo descuidadamente.

El mundo define la libertad como la ausencia de límites. La Escritura define la libertad como vivir dentro de los sabios límites establecidos por un Padre amoroso. Un tren experimenta su mayor libertad mientras permanece sobre los rieles para los cuales fue diseñado. Un fuego logra un bien tremendo mientras permanece dentro de la chimenea. Fuera de esos límites, el mismo fuego que calienta un hogar puede consumirlo.

De la misma manera, el creyente experimenta la plenitud de la libertad espiritual no resistiendo los límites de Dios, sino abrazándolos. Todo mandamiento de Cristo protege algo precioso. Toda convicción resguarda nuestra comunión con Él. Todo acto de obediencia fortalece lo que su gracia ya ha restaurado.

El hombre que salió de Betsaida ese día no se fue restringido.

Se fue protegido.

Y esa protección fue parte del milagro mismo.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Qué límite ha puesto Dios en tu vida que antes te parecía una restricción, pero que ahora ves como protección?

TREES SERIES • STUDY POINT

04

EL HOGAR ES LA PRIMERA ASIGNACIÓN DE LA RESTAURACIÓN

Uno de los detalles más notables de este milagro es que Jesús no envió al hombre a una sinagoga, un mercado o una plataforma. Su primera asignación después de recibir la vista fue mucho más sencilla.

“Y lo envió a su casa...”

MARCOS 8:26 (RVR1960)

Esas pocas palabras revelan un profundo principio del Reino: antes de que Dios nos confíe influencia pública, espera una transformación privada. La primera evidencia de que la restauración es genuina no es lo que sucede frente a una congregación, sino lo que sucede detrás de las puertas de nuestro hogar. Mucho antes de que nuestro testimonio sea escuchado por extraños, debería ser presenciado por quienes mejor nos conocen.

Este siempre ha sido el patrón de Dios. A lo largo de la Escritura, a Él le preocupa mucho más en quién nos convertimos que lo que logramos. El mundo a menudo celebra el talento, el carisma y la visibilidad, pero Dios examina la integridad, la fidelidad y el carácter. El ministerio público puede impresionar a la gente, pero la obediencia privada agrada a Dios.

Jesús pudo haber instruido al hombre a viajar por toda Galilea proclamando el milagro. En cambio, simplemente dijo: “Ve a tu casa”.

Esa orden nos recuerda que el primer lugar donde nuestra transformación debería hacerse visible es dentro de nuestras relaciones más cercanas. Si Cristo verdaderamente ha cambiado nuestro corazón, nuestro cónyuge debería experimentarlo antes que la congregación. Nuestros hijos deberían beneficiarse de ello antes de que la comunidad lo escuche. Nuestras conversaciones diarias, nuestras actitudes, nuestra paciencia y nuestra conducta dentro de nuestro hogar deberían convertirse en la primera evidencia de que Jesús ha hecho una obra dentro de nosotros.

El apóstol Pablo enfatizó este mismo principio al dar las cualificaciones para el liderazgo espiritual.

“Que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad; pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?”

1 TIMOTEO 3:4-5 (RVR1960)

Nótese que Pablo no comienza con la capacidad de una persona para predicar, organizar o liderar grandes grupos de personas. Comienza con el hogar. Antes de que a alguien se le confíe el cuidado de la familia de Dios, debe demostrar fidelidad dentro de su propia familia. Dios no separa el carácter privado del ministerio público porque los dos están inseparablemente conectados.

Este principio va mucho más allá del liderazgo pastoral. Todo creyente está llamado a vivir una vida cristiana auténtica en casa. El hogar es donde nuestra fe es probada sin aplausos. Es donde la paciencia se vuelve práctica, el perdón se vuelve necesario, la humildad se vuelve visible y el amor se vuelve sacrificial.

Cualquiera puede parecer espiritual por una hora el domingo.

Vivir como Cristo el lunes por la mañana, el martes por la noche y a lo largo de las rutinas ordinarias de la vida revela si la transformación verdaderamente ha echado raíz.

Santiago nos recuerda:

“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.”

SANTIAGO 1:22 (RVR1960)

Es posible escuchar sermones, asistir a servicios, participar en la adoración, y aun así fallar en vivir la Palabra en la vida cotidiana. Santiago advierte que oír sin hacer eventualmente produce autoengaño. Comenzamos a creer que estamos espiritualmente saludables porque hemos acumulado conocimiento bíblico, mientras que nuestra conducta revela que nuestros corazones no se han sometido completamente a Cristo.

La asignación del ciego no era hablar primero del milagro. Su asignación era vivir el milagro.

Aquí es donde muchos creyentes luchan. Naturalmente disfrutamos los momentos públicos de victoria espiritual. Amamos los servicios de altar donde Dios se mueve poderosamente. Nos regocijamos en testimonios de sanidad, liberación y oraciones contestadas. Estos momentos fortalecen nuestra fe, pero no son la meta final. La verdadera medida de la restauración se descubre después de que termina el servicio.

¿Podemos regresar a casa con la misma humildad que mostramos en el altar? ¿Podemos extender la misma misericordia a nuestra familia que le pedimos a Dios que nos extendiera a nosotros? ¿Podemos hablar con la misma bondad el martes que expresamos durante la adoración el domingo? ¿Podemos continuar caminando en obediencia cuando nadie más está mirando?

Jesús enseñó este principio en el Sermón del Monte.

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

MATEO 5:16 (RVR1960)

La luz que Cristo describió no es simplemente lo que decimos; es cómo vivimos. Nuestras buenas obras se vuelven visibles a través de la constancia, la integridad, la compasión, el perdón y la santidad. Aquellos que viven más cerca de nosotros observan si nuestra fe es genuina mucho antes de que cualquier otra persona lo haga.

Por eso la Escritura enfatiza repetidamente la importancia del hogar.

Dios instruyó a Israel:

“Y estas palabras... estarán en tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa...”

DEUTERONOMIO 6:6-7 (RVR1960)

El hogar nunca fue diseñado para ser espiritualmente neutral. Fue diseñado para convertirse en el lugar principal donde la verdad de Dios era practicada, discutida y modelada. Antes de que Israel influenciara a las naciones, debían cultivar fidelidad al pacto alrededor de sus propias mesas.

Josué hizo eco de esta convicción cuando declaró:

“...yo y mi casa serviremos a Jehová.”

JOSUÉ 24:15 (RVR1960)

Josué no solo se comprometió personalmente; estableció la dirección espiritual de su hogar. Su liderazgo comenzó en casa antes de extenderse a la nación.

Este mismo patrón aparece a lo largo del Nuevo Testamento. El Evangelio con frecuencia se extendía de casa en casa. Las familias se convirtieron en centros de discipulado. Las iglesias se congregaban en hogares. La hospitalidad se convirtió en una expresión del Reino. A Dios siempre le ha importado profundamente lo que sucede dentro de las paredes de nuestros hogares, porque ahí es donde la fe se convierte en parte de la vida cotidiana.

La orden que Jesús le dio al ciego también nos enseña otra lección importante: nuestra primera responsabilidad después de experimentar la gracia de Dios no es buscar reconocimiento, sino cultivar fidelidad. Hay una tentación después de toda victoria espiritual de desear visibilidad. Queremos que otros sepan lo que Dios ha hecho. Sin embargo, Jesús a menudo enfatizaba la obediencia silenciosa antes que el reconocimiento público.

El Señor mismo pasó casi treinta años en relativa oscuridad antes de comenzar su ministerio público. Esos años ocultos no fueron años desperdiciados; fueron años de preparación. El cielo valora la fidelidad mucho antes de valorar la visibilidad.

Asimismo, David pastoreó ovejas fielmente antes de pastorear una nación. José sirvió con integridad en la casa de Potifar y en la prisión antes de gobernar Egipto. Moisés pasó cuarenta años en el desierto antes de guiar a Israel. En cada caso, la fidelidad privada precedió a la influencia pública.

El patrón de Dios nunca ha cambiado.

Primero desarrolla nuestro carácter, luego expande nuestra influencia.

Primero nos enseña a servir fielmente donde pocas personas se dan cuenta, luego nos confía mayores oportunidades según su tiempo perfecto.

El ciego no necesitaba una plataforma.

Necesitaba un hogar donde la vista restaurada pudiera convertirse en un estilo de vida restaurado.

Su familia necesitaba experimentar a un esposo diferente, un padre diferente, un hijo diferente, un hombre diferente. Necesitaban ver que el milagro había hecho más que abrir sus ojos: había cambiado su vida.

La misma pregunta nos confronta a cada uno de nosotros.

Si a quienes mejor nos conocen se les preguntara si Jesús nos ha transformado, ¿qué dirían?

¿Testificaría nuestra familia que nos hemos vuelto más pacientes, más bondadosos, más humildes, más perdonadores, más gozosos y más semejantes a Cristo?

¿O dirían que, aunque hablamos apasionadamente de Dios en público, muy poco ha cambiado en privado?

Jesús entendía que el testimonio más fuerte no se construye sobre un solo momento en el altar.

Se construye sobre toda una vida de obediencia fiel que comienza en el hogar.

Antes de que la restauración se convierta en un testimonio para el mundo, primero debe convertirse en una realidad dentro de las paredes de nuestra propia casa.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Si a tu familia le preguntaran si Jesús te ha cambiado, ¿qué dirían? ¿De qué manera puede tu hogar ver tu transformación esta semana?

TREES SERIES • STUDY POINT

05

VER A JESÚS CLARAMENTE CAMBIA CÓMO VEMOS SUS MANDAMIENTOS

El clímax de este milagro no es simplemente que el ciego finalmente viera a las personas correctamente; es que ahora era capaz de confiar en Aquel que había restaurado su vista. Antes del segundo toque, su visión estaba distorsionada. Los hombres aparecían como árboles que andaban, y aunque poseía vista, su percepción todavía estaba incompleta. Esa condición física se convirtió en una ilustración viva de una realidad espiritual que rodeaba a los discípulos a lo largo de Marcos capítulo ocho. Justo antes de que Jesús sanara al ciego, les había hecho a sus discípulos una pregunta penetrante: “¿Teniendo ojos no veis?” (Marcos 8:18, RVR1960). Habían sido testigos de la alimentación de miles, lo habían visto reprender demonios, calmar tormentas, sanar enfermedades y realizar milagro tras milagro, y sin embargo todavía malentendían su propósito. Estaban preocupados por el pan mientras el Pan de Vida estaba de pie con ellos en la barca. Habían visto su poder, pero aún no habían entendido completamente su persona. Inmediatamente después del milagro, Pedro confesó con valentía: “Tú eres el Cristo” (Marcos 8:29), y sin embargo solo momentos después reprendió a Jesús por hablar de su próximo sufrimiento, muerte y resurrección. Pedro reconoció a Jesús como el Mesías, pero todavía no entendía qué clase de Mesías había venido a ser Jesús. Su confesión fue correcta, pero su entendimiento estaba incompleto. Como el ciego, podía ver, pero todavía veía parcialmente.

Esto revela una verdad importante para todo creyente. La madurez espiritual no se mide simplemente por nuestra capacidad de reconocer a Jesús como Salvador. La verdadera madurez se demuestra cuando comenzamos a entender sus caminos tanto como sus obras. Es completamente posible creer en

Cristo mientras todavía se malentienden sus métodos. Muchos creyentes se regocijan cuando Dios los bendice, pero luchan cuando Él los disciplina. Celebran sus milagros pero cuestionan sus mandamientos. Reciben con gusto sus promesas pero resisten su proceso. Abrazan su misericordia pero luchan con su santidad. Su visión de Cristo es genuina, pero permanece incompleta porque han aprendido a apreciar lo que Él da más de lo que aprecian quién es Él. A lo largo de la Escritura, Dios se ha revelado consistentemente como Redentor y Señor a la vez. Él no solo nos salva del pecado; nos enseña cómo vivir después de la salvación. El mismo Salvador que perdona también ordena. El mismo Pastor que restaura también guía. El mismo Médico que sana también instruye a sus pacientes cómo permanecer saludables. Aceptar uno mientras se resiste al otro es poseer solo una visión parcial.

Esto se hace evidente a lo largo del ministerio de Jesús. Cuando sanó al hombre impotente en el estanque de Betesda, más tarde lo encontró en el templo y le habló palabras que parecen notablemente similares a sus instrucciones al ciego. Jesús dijo: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (Juan 5:14, RVR1960). El milagro no eliminó la responsabilidad; la introdujo. Cristo entendía que la sanidad física sin transformación espiritual dejaría al hombre vulnerable a una tragedia aún mayor. De igual manera, cuando perdonó a la mujer sorprendida en adulterio, concluyó su conversación diciendo: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11, RVR1960). La gracia nunca descartó la santidad. La misericordia nunca eliminó la obediencia. Todo acto de perdón se convirtió en una invitación a una nueva manera de vivir.

El mismo principio gobierna nuestra relación con Cristo hoy. Muchas personas aman la idea de Jesús como Libertador, pero se sienten incómodas cuando Él comienza a dirigir los detalles de sus vidas. Fácilmente le pedimos que sane nuestros matrimonios, y sin embargo resistimos su instrucción de perdonar como hemos sido perdonados. Le pedimos que restaure nuestro gozo, pero descuidamos su mandamiento de regocijarnos siempre y dar gracias en todo. Oramos por paz mientras seguimos albergando pensamientos, relaciones e influencias que continuamente nos roban la paz. En esos momentos, el problema no es que Jesús haya dejado de hablar; el problema es que todavía lo estamos viendo parcialmente. Cada vez que interpretamos sus mandamientos como cargas en lugar de bendiciones, nuestra visión necesita más claridad.

Esta es precisamente la razón por la que Jesús le indicó al ciego que no regresara a Betsaida. Alguien cuya visión permanece parcial naturalmente escucharía esas palabras como una restricción innecesaria. Alguien que ve claramente, sin embargo, las reconocería como protección amorosa. El mandamiento en sí no cambió; solo cambió la manera en que se interpretó. Cuando verdaderamente conocemos el corazón de Cristo, dejamos de ver sus mandamientos como intentos de controlarnos y comenzamos a verlos como expresiones de su perfecta sabiduría. Juan escribiría más tarde: “Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3, RVR1960). Los mandamientos no son gravosos porque proceden del corazón de un Padre que siempre busca el bien de sus hijos. Cada instrucción que Él da está diseñada para preservar lo que su gracia ya ha logrado.

Este entendimiento transforma la manera en que abordamos la santidad. La santidad ya no se ve como una colección de restricciones impuestas por un Dios enojado. En cambio, se convierte en la respuesta

gozosa de personas que confían en Aquel que los redimió. Obedecemos porque conocemos su carácter. Nos sometemos porque hemos aprendido su corazón. Nos apartamos del pecado porque entendemos que todo lo que Él prohíbe finalmente destruye, mientras que todo lo que Él ordena finalmente da vida. Jesús mismo declaró: “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10, RVR1960). Todo mandamiento de Cristo protege la vida abundante de la influencia destructiva del pecado.

Finalmente, el segundo toque en Betsaida nos enseña que la evidencia más clara de la vista restaurada no es meramente reconocer correctamente a las personas, sino reconocer correctamente a Jesús. Cuando lo vemos claramente, la obediencia deja de ser una obligación y se convierte en un acto de confianza. Ya no preguntamos: “¿Por qué no puedo regresar?”. En cambio, comenzamos a preguntar: “Señor, ¿a dónde quieres que camine?”. Ya no discutimos con sus límites porque entendemos que todo límite es establecido por las manos que aún llevan las cicatrices del Calvario. El Cristo que dice: “No regreses a la aldea”, es el mismo Cristo que primero nos tomó de la mano, nos sacó de la oscuridad, abrió nuestros ojos y restauró nuestras vidas. Si podemos confiar en Él para nuestra salvación, ciertamente podemos confiar en Él con nuestra dirección. La verdadera restauración está completa solo cuando no solo vemos a Jesús como nuestro Salvador, sino que gozosamente lo seguimos como nuestro Señor.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Hay algún mandamiento de Cristo que has estado resistiendo porque todavía no lo ves como amoroso? Pídele a Dios que te muestre su corazón detrás de ese mandato.

.....

.....

.....

.....

06

TREES SERIES • STUDY POINT

LA LIBERTAD SE PRESERVA A TRAVÉS DE
LÍMITES PIADOSOS

Uno de los mayores engaños en cada generación es la creencia de que la libertad es la ausencia de restricción. Nuestra cultura celebra la independencia de la autoridad, anima a las personas a eliminar toda limitación, y a menudo retrata los límites como obstáculos para la realización personal. Sin embargo, el Reino de Dios enseña precisamente lo contrario. La Escritura revela consistentemente que la verdadera libertad no se encuentra en vivir sin límites, sino en vivir dentro de los sabios límites establecidos por nuestro Creador. Todo mandamiento de Dios se da, no para disminuir la vida, sino para preservarla. Los mandamientos de Cristo no son cadenas puestas sobre personas redimidas; son barandales que evitan que las personas redimidas regresen a la esclavitud de la cual han sido libradas. Cuando Jesús le dijo al ciego: “No entres en la aldea”, no estaba restringiendo su futuro; lo estaba protegiendo. Entendía que la libertad sin sabiduría rápidamente se convierte en otra forma de esclavitud.

Este principio ha sido entretejido en el trato de Dios con la humanidad desde el principio. Todo pacto que Dios estableció incluía tanto promesas como responsabilidades. Noé salió del arca hacia un mundo purificado, pero Dios inmediatamente le dio instrucciones sobre cómo debía vivir en ese nuevo comienzo (Génesis 9:1-7). Israel cruzó el Mar Rojo hacia la libertad, pero antes de entrar a la Tierra Prometida, Dios les dio su Ley, no porque quisiera cargarlos, sino porque quería preservarlos como su pueblo santo. La Ley nunca fue diseñada para competir con la gracia; revelaba el carácter del Dios que ya los había redimido. Asimismo, bajo el Nuevo Pacto, Cristo nos libera de la esclavitud del pecado y luego nos enseña cómo deben caminar los ciudadanos de su Reino. La salvación no es la eliminación de todo estándar; es el empoderamiento interno para vivir gozosamente conforme a los estándares de Dios. La gracia no abole la santidad; la gracia hace posible la santidad.

El apóstol Pablo entendió esta distinción cuando escribió:

“Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna.”

1 CORINTIOS 6:12 (RVR1960)

Pablo no estaba preguntando si algo era técnicamente permisible; estaba preguntando si era espiritualmente provechoso. Hay muchas cosas que un creyente puede tener la libertad de hacer, pero que sin embargo son imprudentes porque lentamente ganan influencia sobre el corazón. La madurez cristiana se demuestra cuando un creyente deja de preguntar: “¿Es esto pecado?”, y comienza a preguntar: “¿Me ayudará esto a ser más como Cristo?”. La primera pregunta busca vacíos legales, mientras que la segunda busca santidad. Una intenta descubrir qué tan cerca puede caminar del borde sin caer, mientras que la otra desea permanecer tan cerca de Jesús como sea posible. El creyente maduro entiende que no toda actividad permisible contribuye al crecimiento espiritual. Algunas cosas

pueden no destruir de inmediato nuestra relación con Dios, pero silenciosamente debilitan nuestro apetito espiritual, embotan nuestra sensibilidad a su voz, y gradualmente disminuyen nuestra pasión por su presencia.

Por eso la Escritura nos advierte repetidamente sobre la naturaleza sutil del compromiso espiritual. Rara vez un creyente abandona a Dios en una sola decisión dramática. Con mayor frecuencia, el declive espiritual comienza con pequeñas concesiones que parecen inofensivas. Sansón no perdió su fuerza el día en que le cortaron el cabello; su caída comenzó mucho antes, cuando repetidamente ignoró los límites que Dios había establecido para su vida. Salomón no se despertó una mañana completamente apartado de Dios; poco a poco, relaciones contra las cuales Dios había advertido fueron torciendo su corazón hasta que “sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos” (1 Reyes 11:4, RVR1960). Demas no abandonó el ministerio de Pablo de la noche a la mañana; Pablo simplemente escribió con desgarradora sencillez: “Demas me ha desamparado, amando este mundo” (2 Timoteo 4:10, RVR1960). Cada una de estas historias nos recuerda que el compromiso rara vez comienza con rebelión abierta. Comienza al tratar los límites de Dios como opcionales en lugar de esenciales.

Por esta razón, los creyentes nunca deben confundir la convicción con el legalismo. El legalismo intenta ganar el favor de Dios a través del desempeño humano. La convicción, sin embargo, es la obra amorosa del Espíritu Santo protegiendo lo que Cristo ya ha logrado en nosotros. La convicción no pregunta: “¿Cuál es lo mínimo que debo hacer?”. La convicción pregunta: “¿Qué honra mejor al Señor que me redimió?”. Cuando el Espíritu Santo nos advierte sobre ciertas conversaciones, relaciones, entretenimiento, actitudes o ambientes, no está tratando de hacer la vida más pequeña. Está preservando nuestra comunión con Cristo. El Espíritu siempre ve peligros que todavía no podemos percibir. Él sabe con qué facilidad el corazón puede desviarse, qué tan rápido pueden cambiar los afectos, y qué tan sutilmente los hábitos antiguos pueden recuperar influencia si se dejan sin vigilancia.

Pedro entendió esta realidad cuando exhortó a los creyentes a vivir con alerta espiritual.

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.”

1 PEDRO 5:8 (RVR1960)

Nótese que Pedro no describe al adversario como alguien que meramente observa al pueblo de Dios. Está buscando activamente oportunidades. El enemigo continuamente busca momentos en que nuestra guardia esté baja, nuestras convicciones estén debilitadas, o nuestra dependencia de Dios comience a disminuir. Por eso la vigilancia no es temor: es sabiduría. Así como un pastor vigila cuidadosamente su rebaño porque entiende el peligro de los lobos, los creyentes son llamados a guardar sus corazones porque entienden la realidad de la guerra espiritual. La sabiduría nunca supone: “Eso nunca podría pasarme a mí”. La sabiduría humildemente reconoce: “Sin la gracia de Dios, soy capaz de caer”. Tal humildad produce una mayordomía cuidadosa en lugar de una confianza descuidada.

El escritor de Proverbios capturó esta verdad con notable claridad.

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.”

PROVERBIOS 4:23 (RVR1960)

El corazón es el manantial del cual fluye cada decisión, deseo y dirección. Si el corazón permanece saludable, la vida permanecerá saludable. Si el corazón se contamina, todas las demás áreas de la vida eventualmente se verán afectadas. Esto explica por qué Jesús abordó la dirección del ciego inmediatamente después de restaurar su vista. Cristo estaba guardando no solo por dónde caminaría el hombre físicamente, sino también lo que continuaría moldeando su corazón espiritualmente. Regresar a Betsaida hubiera colocado la vista renovada de vuelta en una atmósfera que había normalizado la incredulidad. Jesús sabía que los ambientes influyen los afectos, los afectos moldean las decisiones, y las decisiones determinan los destinos.

Quizás esta es una de las mayores lecciones que la iglesia moderna debe recuperar. A menudo celebramos momentos dramáticos de liberación mientras prestamos poca atención a las disciplinas diarias que preservan esa liberación. Sin embargo, la Escritura consistentemente une las dos cosas. El Dios que abre las puertas de la prisión también enseña a su pueblo a permanecer libre. El Dios que restaura matrimonios enseña a los esposos a amar sacrificialmente y a las esposas a honrar fielmente. El Dios que sana corazones quebrantados enseña a los creyentes a perdonarse unos a otros, así como Dios los perdonó a ellos en Cristo (Efesios 4:32). Todo milagro conlleva la responsabilidad de la mayordomía porque Dios nunca pretende que sus bendiciones se conviertan en experiencias temporales. Él desea que se conviertan en realidades permanentes.

Cuando finalmente entendemos esta verdad, la obediencia ya no se ve como limitación sino como liberación. Comenzamos a agradecer a Dios por las convicciones que coloca dentro de nuestros corazones. Nos volvemos agradecidos por las puertas que cierra, las relaciones que redirige, y los lugares a los que nos dice que no regresemos. Reconocemos que cada “no” pronunciado por Cristo protege un “sí” mayor que Él ha preparado para nuestro futuro. El ciego dejó Betsaida con más que la vista restaurada. Se fue con un nuevo entendimiento de que el lugar más seguro para una vida restaurada es bajo la dirección de Aquel que la restauró. Lo mismo permanece cierto para todo discípulo hoy. La libertad nunca se sostiene viviendo sin límites. La libertad florece cuando permanecemos voluntariamente dentro de los límites amorosos del Pastor que siempre guía a sus ovejas junto a aguas de reposo y por sendas de justicia por amor de su nombre.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Dónde podrías estar preguntando “¿esto es pecado?” en lugar de “¿esto me ayudará a ser más como Cristo?”? Nombra un área para reevaluar.

.....

.....

.....

.....

TREES SERIES • STUDY POINT

07

DEBEMOS PROTEGER LO QUE DIOS HA RESTAURADO

Una de las mayores responsabilidades de todo creyente no es simplemente recibir lo que Dios da, sino preservar fielmente lo que Él nos ha confiado. A lo largo de la Escritura, descubrimos que Dios se deleita en restaurar vidas quebrantadas, sanar corazones heridos, renovar espíritus cansados y dar nuevos comienzos a quienes claman a Él. Sin embargo, la restauración nunca pretende ser un momento que celebramos y luego olvidamos. Es un tesoro que debe ser cuidadosamente guardado. La obra que Dios comienza en nosotros es preciosa, y porque es preciosa, merece nuestra mayordomía continua. Jesús entendió esto cuando sanó al ciego de Betsaida. Su instrucción final no se trataba meramente de geografía; se trataba de preservación. El Señor sabía que si el hombre regresaba casualmente a la misma atmósfera que había rodeado su ceguera, se expondría innecesariamente a influencias que podrían debilitar el mismo milagro que había recibido. La orden de evitar la aldea fue la manera en que Cristo enseñó que toda vida restaurada debe aprender a proteger lo que la gracia ha logrado.

El apóstol Pablo llevó esta misma carga al escribirle a Timoteo. Aunque Timoteo ya era un ministro fiel, Pablo repetidamente lo exhortó no solo a recibir la verdad, sino a guardarla. Escribió: “Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado” (1 Timoteo 6:20, RVR1960). La palabra guardar lleva la idea de proteger algo valioso que se ha puesto bajo el cuidado de alguien. Timoteo había recibido sana doctrina, dones espirituales y un llamado santo, pero esas bendiciones requerían vigilancia. Pablo entendía que lo que no se guarda cuidadosamente puede gradualmente descuidarse, y lo que se descuida eventualmente comienza a deteriorarse. Este principio se extiende mucho más allá de la doctrina sola. Somos llamados a guardar nuestra relación con Cristo, nuestra sensibilidad al Espíritu Santo, nuestra vida de oración, nuestras convicciones, nuestros matrimonios, nuestras familias, y toda bendición espiritual que Dios graciosamente ha restaurado. La mayordomía no es simplemente mantener posesiones; es preservar fielmente todo lo que Dios nos ha confiado.

Esta verdad se ilustra hermosamente en el huerto del Edén. Antes de que el pecado entrara al mundo, a Adán se le dieron dos asignaciones respecto al huerto. La Escritura dice: “Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase” (Génesis 2:15, RVR1960). Adán no solo fue llamado a cultivar lo que Dios había creado; también fue mandado a protegerlo. La bendición misma conllevaba responsabilidad. El huerto no se preservaba a sí mismo. Asimismo, nuestras vidas espirituales no permanecen saludables por negligencia. La oración debe ser cultivada. La fe debe ser nutrida. La adoración debe permanecer sincera. Las convicciones deben fortalecerse a través del estudio continuo de la Palabra de Dios. El Espíritu Santo nos empodera fielmente, pero debemos cooperar diariamente con su obra. La salud espiritual no sucede accidentalmente; crece a través de la comunión intencional con Dios.

Quizás uno de los mayores peligros que enfrentan los creyentes es suponer que la victoria de ayer garantiza automáticamente la fidelidad de mañana. La Escritura advierte repetidamente contra la complacencia espiritual. Elías hizo descender fuego del cielo en el monte Carmelo, y sin embargo poco tiempo después se encontró desanimado debajo de un enebro. David derrotó a Goliat siendo un joven pastor, y sin embargo años más tarde casi destruyó su propio testimonio a través de un momento descuidado de tentación. Pedro declaró con valentía que nunca negaría a Cristo, y sin embargo antes de que saliera el sol había negado al Señor tres veces. Ninguno de estos hombres falló porque le faltara una experiencia con Dios. Tropezaron porque cada generación debe aprender que la victoria de ayer nunca elimina la responsabilidad de hoy. Cada nueva mañana requiere una dependencia fresca del Señor.

Por esta razón, Pablo emitió una de las advertencias más fuertes que se encuentran en el Nuevo Testamento cuando escribió: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12, RVR1960). Este versículo no pretende producir temor sino humildad. La confianza en nosotros mismos siempre precede a la debilidad, mientras que la confianza en Cristo produce perseverancia. Los creyentes maduros nunca se vuelven descuidados simplemente porque han caminado con Dios por muchos años. Al contrario, la madurez produce una mayor dependencia de la gracia de Dios. Mientras más tiempo servimos a Cristo, más conscientes nos volvemos de que sin Él nada podemos hacer (Juan 15:5). Cada día que continuamos en pie es evidencia de su misericordia sustentadora, no de nuestra propia fuerza.

Esta humildad naturalmente conduce a disciplinas espirituales que preservan lo que Dios ha restaurado. La oración deja de ser una obligación religiosa y se convierte en comunión diaria con Aquel que nos da vida. Las Escrituras ya no se ven como información para acumular, sino como pan que continuamente nutre nuestras almas. La adoración ya no se limita a los servicios de la iglesia, sino que se convierte en la postura de un corazón agradecido a lo largo de cada circunstancia de la vida. La comunión con el cuerpo de Cristo se vuelve esencial porque reconocemos que Dios a menudo nos fortalece a través del ánimo, la rendición de cuentas y la sabiduría de otros creyentes. Ninguna de estas prácticas gana el favor de Dios; más bien, nos posicionan para continuar disfrutando la relación que su gracia ya nos ha provisto.

El escritor de Hebreos describe hermosamente esta búsqueda continua cuando exhorta a los creyentes: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2, RVR1960). Nótese que Cristo no es solo el Autor de nuestra fe; también es su Consumador. El mismo Salvador que inició nuestra restauración pretende completarla. Sin embargo, el contexto de Hebreos 12 nos recuerda que esto requiere perseverancia. Se nos instruye a despojarnos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos asedia, porque cualquier cosa que obstaculice nuestra búsqueda de Cristo finalmente amenaza la salud de nuestras vidas espirituales. Algunas cargas pueden no ser pecaminosas en sí mismas, y sin embargo todavía nos distraen de correr fielmente. La sabiduría nos enseña a quitar lo que debilita nuestra devoción antes de que se vuelva lo suficientemente fuerte como para descarrilarla.

Esto nos trae de vuelta al ciego en Betsaida. Jesús no solo estaba preservando su vista; estaba preservando su futuro. El Señor sabía que la vista restaurada tendría poco valor si se colocaba de vuelta en un ambiente que continuamente lo atraía hacia su condición anterior. De la misma manera, Dios no nos llama a proteger nuestra relación con Él porque dude de su propia capacidad de guardarnos. Más bien, nos invita al privilegio de cooperar con su gracia preservadora. Judas declara hermosamente que Dios “es poderoso para guardaros sin caída” (Judas 24, RVR1960), y sin embargo esa misma gracia preservadora nos llama a permanecer vigilantes, en oración y obedientes. La soberanía divina nunca elimina la responsabilidad humana; más bien, las dos trabajan juntas en hermosa armonía.

Todo creyente debería, por lo tanto, hacerse una pregunta honesta: ¿Qué estoy haciendo para proteger lo que Dios ha restaurado? Si el Señor ha restaurado tu matrimonio, ¿estás invirtiendo intencionalmente en esa relación a través del amor, la comunicación, el perdón y la oración? Si Él ha restaurado tu gozo, ¿estás guardando tu vida de pensamiento de la amargura, la ansiedad y la negatividad constante? Si Él ha restaurado tu caminar con Él, ¿estás protegiendo esa comunión a través de la oración constante, la asistencia fiel a la iglesia y la meditación diaria en su Palabra? La restauración es demasiado valiosa para dejarla sin protección. Lo que Cristo compró con su propia sangre merece nuestro más alto nivel de mayordomía.

El ciego dejó a Jesús con más que ojos sanos. Se fue con una responsabilidad sagrada. Cada paso lejos de Betsaida se convirtió en una oportunidad para proteger o descuidar el milagro que había recibido. La misma decisión se presenta hoy ante todo creyente. Dios nos ha restaurado por su maravillosa gracia, pero ahora nos llama a caminar con cuidado, sabiduría y fidelidad, para que lo que Él ha comenzado en nosotros continúe creciendo hasta el día en que estemos completos en su presencia. Ese es el corazón de la mayordomía cristiana: no solo celebrar lo que Dios ha hecho, sino proteger fielmente lo que solo Dios pudo haber restaurado.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Qué ha restaurado Dios en tu vida que necesitas proteger activamente hoy: tu matrimonio, tu gozo, tu caminar con Él? Nombra un paso práctico de mayordomía.

TREES SERIES • STUDY POINT

08

LA RESTAURACIÓN ESTÁ COMPLETA CUANDO NUESTRA DIRECCIÓN CAMBIA

La lección final de este milagro lleva a toda la serie ÁRBOLES a su conclusión. Jesús no midió el éxito del milagro por el momento en que el ciego abrió los ojos. Lo midió por lo que el hombre hizo después de que sus ojos fueron abiertos. Por eso Marcos no concluye el relato con las palabras “vio de lejos y claramente a todos”. En cambio, el Espíritu Santo intencionalmente registra la instrucción final de Cristo: “Y lo envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea” (Marcos 8:26, RVR1960). Esas palabras revelan que la vista restaurada nunca pretendió ser el destino. Era preparación para una dirección completamente nueva. El milagro alcanzó su cumplimiento no cuando el hombre recuperó la vista, sino cuando comenzó a caminar según la palabra de Cristo. Hasta que su dirección cambió, el propósito de su sanidad permaneció incompleto.

Este patrón aparece repetidamente a lo largo de la Escritura. Cada vez que Dios transformaba la vida de una persona, también redirigía el camino de esa persona. Abram no podía permanecer en Ur después de recibir la promesa de Dios. El Señor inmediatamente le ordenó: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Génesis 12:1, RVR1960). La promesa exigía movimiento. Israel no podía permanecer en Egipto después de la Pascua. La redención requería un viaje hacia la Tierra Prometida. Eliseo no podía continuar arando después de que Elías le echó el manto encima. Mateo no podía permanecer en el banco de los tributos públicos después de que Jesús simplemente dijo: “Sígueme” (Mateo 9:9, RVR1960). Saulo de Tarso no podía continuar persiguiendo a la Iglesia después de encontrarse con Cristo en el camino a Damasco. Todo encuentro genuino con Dios producía un cambio decisivo de dirección porque la revelación divina siempre requiere una respuesta humana.

Esto es exactamente lo que significa el arrepentimiento. Con demasiada frecuencia el arrepentimiento se reduce a sentir tristeza por el pecado, y sin embargo la Escritura revela que el arrepentimiento es mucho más profundo que una emoción. La palabra griega metanoia describe un cambio de mente que

resulta en un cambio de dirección. No es simplemente lamentar dónde hemos estado; es volvernos hacia donde Dios nos está guiando. Juan el Bautista proclamó: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mateo 3:8, RVR1960). En otras palabras, el verdadero arrepentimiento siempre produce evidencia visible. El fruto no es lo que nos salva, pero demuestra que una genuina transformación ha tenido lugar dentro de nosotros. Un corazón cambiado inevitablemente produce un caminar cambiado.

El apóstol Pablo describió esta transformación con notable claridad al escribirle a la iglesia en Éfeso. Instruyó a los creyentes a que se despojaron “en cuanto a la pasada manera de vivir, del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos... y os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24, RVR1960). Nótese el lenguaje de Pablo. La vida cristiana no se trata simplemente de añadir actividades religiosas a un estilo de vida sin cambios. Se trata de despojarse de una manera de vivir y vestirse de otra. El viejo hombre no puede continuar dirigiendo la vida de alguien que se ha convertido en una nueva criatura en Cristo. La salvación cambia nuestra identidad, y una identidad cambiada inevitablemente produce una dirección cambiada.

Por eso Jesús constantemente llamaba a las personas a seguirlo. Su invitación nunca fue simplemente admirarlo, creer intelectualmente en Él, o apreciar sus milagros. Su invitación siempre fue relacional y transformacional. “Sígueme”, dijo a pescadores, publicanos, zelotes y personas ordinarias cuyas vidas nunca volverían a ser las mismas. Seguir a Cristo requiere movimiento. Exige que dejemos algo atrás mientras abrazamos algo completamente nuevo. Nadie puede seguir a Jesús simultáneamente mientras continúa caminando en dirección opuesta. Eventualmente todo discípulo debe decidir qué voz determinará el curso de su vida.

El ciego ilustra esta verdad hermosamente. Antes de conocer a Jesús, su vida estaba marcada por la dependencia. Otras personas lo traían. Otras personas lo guiaban. Otras personas determinaban su dirección porque la ceguera lo había hecho incapaz de navegar la vida por sí mismo. Sin embargo, después de que Cristo restauró su vista, Jesús no continuó guiándolo de la mano. En cambio, lo envió con instrucciones. Esa transición es profundamente significativa. El hombre que antes dependía de otros ahora tenía el privilegio y la responsabilidad de caminar en obediencia por sí mismo. Su madurez se demostró no por otro milagro, sino por la sumisión fiel a la palabra de Cristo.

¿Cuántas veces los creyentes anhelan otro toque de Dios mientras descuidan la dirección que Él ya les ha dado? Pedimos mayor revelación mientras ignoramos la revelación que ya poseemos. Oramos por dirección fresca mientras resistimos los mandamientos claros que se encuentran en su Palabra. Sin embargo, la Escritura enseña que la obediencia a la verdad presente nos prepara para una mayor revelación. Jesús declaró: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17, RVR1960). El entendimiento aumenta a medida que aumenta la obediencia. Dios confía mayor luz a aquellos que caminan fielmente en la luz que ya han recibido.

Esto explica por qué el estancamiento espiritual con tanta frecuencia sigue a la desobediencia espiritual. Cuando los creyentes resisten repetidamente la voz de Dios, su sensibilidad a esa voz gradualmente disminuye. El problema rara vez es que Dios haya dejado de hablar. Más a menudo, hemos dejado de responder. El Espíritu Santo continúa convenciendo, guiando e instruyendo, pero un corazón que

continuamente pospone la obediencia eventualmente se vuelve menos receptivo a su impulso. Por eso el escritor de Hebreos advierte: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:15, RVR1960). Todo acto de obediencia suaviza el corazón. Todo acto de resistencia lo endurece. La dirección determina la sensibilidad.

Quizás por eso el milagro del ciego concluye sin decirnos qué sucedió después. La Escritura nunca registra si obedeció completamente a Jesús o si eventualmente regresó a Betsaida. El silencio es intencional. El Espíritu Santo deja el final sin terminar porque el capítulo final está destinado a escribirse en la vida de todo creyente que lea la historia. La pregunta ya no es sobre el ciego. La pregunta es sobre nosotros. ¿Qué haremos con la visión que Cristo nos ha dado? ¿Obedeceremos los límites que Él ha establecido? ¿Caminaremos en la dirección que su Palabra ha revelado? ¿Permitiremos que la vista restaurada se convierta en una vida restaurada?

La vida cristiana nunca se mide meramente por momentos en el altar. Los altares son sagrados porque marcan encuentros con Dios, pero la evidencia de esos encuentros se ve en los caminos que elegimos después. La adoración se prueba en la obediencia. El arrepentimiento se prueba en las prioridades cambiadas. La fe se prueba en la confianza diaria. La restauración se prueba mediante una vida que ya no camina donde antes caminaba. El milagro que comienza en el santuario debe continuar en el hogar, el trabajo, el salón de clases y cada momento ordinario de la vida. El ciego dejó a Jesús viendo claramente, pero, lo más importante, dejó a Jesús caminando de manera diferente.

Esta es la hermosa conclusión de toda la serie ÁRBOLES. La primera lección nos enseñó que la visión distorsionada produce una vida distorsionada. Las lecciones siguientes revelaron cómo Jesús pacientemente restaura nuestra percepción a través de su gracia, su verdad y su toque repetido. Ahora descubrimos el propósito detrás de cada una de esas lecciones. Cristo no restaura nuestra vista simplemente para que admiremos el paisaje de su Reino. Restaura nuestra vista para que podamos caminar fielmente por el camino de su Reino. La mayor evidencia de que vemos claramente no se encuentra en lo que decimos creer, sino en la dirección que ahora toman nuestras vidas. Cuando nuestras prioridades cambian, nuestras relaciones cambian, nuestras conversaciones cambian, nuestros hábitos cambian, nuestros hogares cambian, y nuestra obediencia se convierte en nuestro gozo, entonces el milagro ha alcanzado su propósito.

Jesús no restauró la vista del ciego para que siguiera viviendo como un ciego.

La restauró para que cada paso que diera desde ese día en adelante diera testimonio del poder transformador de Aquel que había tocado sus ojos.

El mismo Cristo que restauró al ciego todavía restaura vidas hoy. Y toda vida que Él restaura lleva la misma responsabilidad sagrada: nunca regresar a la ceguera de la cual nos ha librado, sino caminar fielmente en la luz que Él graciosamente nos ha dado.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿En qué área te está pidiendo Dios que cambies de dirección, no solo de sentimientos? Escribe el primer paso práctico de obediencia.

TREES SERIES • STUDY POINT

09

VIVIENDO CON VISIÓN RESTAURADA

Todo milagro registrado en la Escritura finalmente apunta más allá de sí mismo hacia una realidad espiritual mayor. La apertura de ojos ciegos apunta a la iluminación espiritual. La limpieza de los leprosos apunta a la limpieza del pecado. La resurrección de los muertos apunta a la nueva vida que se encuentra en Cristo. Asimismo, la sanidad del ciego en Betsaida apunta más allá de la vista física hacia el viaje de toda una vida del discipulado. Jesús no solo estaba enseñando a un hombre a ver de nuevo; estaba enseñando a todo creyente cómo vivir después de la restauración. El milagro se convierte en un retrato de toda la vida cristiana. Alguna vez fuimos ciegos, incapaces de percibir las cosas de Dios, caminando según el curso de este mundo, dependientes de nuestro propio entendimiento, y separados de la vida que Cristo deseaba para nosotros. Entonces la gracia nos encontró. Jesús nos tomó de la mano cuando no podíamos encontrar nuestro propio camino. Pacientemente nos guió lejos de los lugares que obstaculizaban nuestra fe. Nos tocó con su gracia. Continuó obrando en nosotros cuando nuestro entendimiento todavía estaba incompleto. Se rehusó a abandonarnos cuando solo podíamos ver “hombres como árboles que andaban”. En cambio, nos tocó de nuevo hasta que nuestra visión se hizo clara. Qué misericordia tan increíble que el Señor no deja a sus hijos en un entendimiento parcial, sino que pacientemente continúa su obra hasta que podamos ver a través de la luz de su verdad.

El apóstol Pablo describe hermosamente esta transformación en su carta a los efesios. Hablando a creyentes que habían experimentado la salvación, les recuerda: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Efesios 5:8, RVR1960). Nótese que Pablo no dice simplemente que alguna vez vivieron en tinieblas; dice que eran tinieblas. El pecado no era simplemente su ambiente; se había convertido en su naturaleza. Pero a través de Cristo se habían convertido en luz en el Señor. Debido a que su identidad había cambiado, se esperaba que su conducta también cambiara. Pablo inmediatamente sigue esta declaración con el mandamiento de andar como hijos de luz. Una vez más, la Escritura une la restauración con la responsabilidad. Lo que Dios nos ha hecho internamente eventualmente debe volverse visible externamente. Cada paso de obediencia se

convierte en evidencia de que su gracia transformadora continúa obrando dentro de nosotros.

Esta progresión explica por qué la vida cristiana se describe como un caminar más que como un evento único. La salvación sucede en un momento, pero la santificación se despliega a lo largo de toda una vida. Continuamente estamos aprendiendo a pensar diferente, a hablar diferente, a amar diferente, a perdonar diferente y a responder diferente porque Cristo continuamente nos va conformando a su imagen. Pablo escribió a los corintios: “Mas nosotros todos... somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18, RVR1960). El lenguaje de “gloria en gloria” nos recuerda que la madurez espiritual es progresiva. Así como el ciego experimentó una claridad cada vez mayor, los creyentes continúan creciendo en entendimiento a medida que se someten fielmente a la obra del Espíritu Santo. La vida cristiana no es estática. Es un movimiento continuo hacia una mayor semejanza a Cristo.

Este crecimiento continuo requiere una mayordomía intencional. Cada día presenta oportunidades para fortalecer nuestra vista restaurada o para descuidarla. Cada decisión moldea nuestra sensibilidad a la voz de Dios. Cada conversación influye en nuestro pensamiento. Cada hábito profundiza nuestra dependencia de Cristo o lentamente la debilita. Por esta razón, Pablo exhorta a los creyentes: “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos” (Efesios 5:15-16, RVR1960). La palabra circunspectamente significa cuidadosa, precisa o con atención deliberada. El cristiano no deambula por la vida esperando permanecer fiel. Camina con cuidado porque entiende que cada paso lo mueve más cerca de Cristo o más lejos de Él. La madurez espiritual no es accidental; se cultiva a través de miles de decisiones diarias de seguir al Señor.

Vivir con visión restaurada también requiere una dependencia continua del Espíritu Santo. Uno de los peligros que los creyentes enfrentan después de experimentar la victoria es la tentación de depender de la experiencia de ayer en lugar de la relación de hoy. El ciego no podía continuar viviendo del recuerdo del toque de Cristo solamente; tenía que continuar caminando conforme a la instrucción de Cristo. Asimismo, no podemos sustituir la reunión de oración de ayer por la vida de oración de hoy, la revelación de ayer por la obediencia de hoy, o la victoria de ayer por la fidelidad de hoy. Jeremías declaró: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos... nuevas son cada mañana” (Lamentaciones 3:22-23, RVR1960). La misericordia de Dios se renueva continuamente porque nuestra dependencia de Él también debe permanecer continua. Cada amanecer nos recuerda que necesitamos gracia fresca, fuerza fresca, sabiduría fresca y comunión fresca con el Señor.

Esta dependencia diaria produce humildad. Mientras más caminamos con Dios, más reconocemos que todo lo bueno en nuestras vidas es el resultado de su gracia. Ya no nos jactamos de nuestra propia disciplina, conocimiento o experiencia porque entendemos que separados de Cristo nada podemos hacer. Jesús declaró: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos... porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5, RVR1960). Los pámpanos nunca producen fruto esforzándose independientemente; dan fruto al permanecer conectados a la vid. De la misma manera, los creyentes no producen fruto espiritual a través de la sola determinación humana. El amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la templanza fluyen naturalmente de una vida que permanece

conectada a Cristo. La restauración se sostiene no por la autoconfianza, sino por la comunión continua con el Salvador.

Al reflexionar sobre toda la serie ÁRBOLES, se hace evidente una progresión notable. Comenzamos con una visión distorsionada, descubriendo que la percepción borrosa siempre produce una vida distorsionada. Aprendimos cómo las suposiciones, la falta de perdón, la sospecha, la decepción y el entendimiento parcial nos impiden ver claramente. Vimos a Jesús tocar pacientemente al ciego una y otra vez, demostrando su disposición a continuar obrando hasta que la restauración estuviera completa. Finalmente, llegamos al destino hacia el cual se ha estado moviendo cada lección anterior. La vista clara nunca fue el objetivo final. El propósito de ver claramente era para que pudiéramos vivir claramente. Jesús no restauró nuestra vista para que admiráramos el milagro. Restauró nuestra vista para que pudiéramos seguirlo fielmente. El milagro nunca pretendió terminar en nuestra experiencia; pretendía transformar nuestro caminar diario.

Quizás el mayor testimonio del ciego no fue que finalmente pudiera identificar correctamente a las personas. Su mayor testimonio fue que, desde el día en que Jesús restauró su vista, nunca más tuvo que vivir como si estuviera ciego. Cada paso que dio se convirtió en evidencia del poder de Cristo. Cada decisión de obedecer se convirtió en una declaración de que el milagro era real. Cada límite que honró testificó de que confiaba en Aquel que lo había sanado. De exactamente la misma manera, el mayor testimonio de la Iglesia no es simplemente que podamos hablar de la salvación, citar la Escritura o describir lo que sucedió en un altar. Nuestro mayor testimonio es una vida que refleja consistentemente el poder transformador de Jesucristo. El mundo no solo debería escuchar que hemos sido cambiados; debería poder ver que hemos sido cambiados.

Esta es la invitación final de Marcos capítulo ocho. Jesús todavía toma a las personas de la mano. Todavía las guía fuera de la oscuridad. Todavía restaura la visión quebrantada. Todavía toca vidas que otros han dado por perdidas. Pero después de restaurarnos, amorosamente dice lo que le dijo al ciego hace tantos años: “Ve a tu casa... no regreses”. Camina en la luz que has recibido. Protege lo que mi gracia ha restaurado. Vive diferente de como vivías antes. Deja que tu familia vea el fruto del milagro antes de que el mundo escuche la historia del milagro. Permite que tu obediencia diaria se convierta en la evidencia de que tus ojos verdaderamente han sido abiertos.

Porque la restauración alcanza su expresión más completa no cuando Cristo cambia lo que vemos, sino cuando lo que ahora vemos cambia la manera en que vivimos. Esa es la lección final del ciego de Betsaida. Ese es el latido del discipulado. Y esa es la hermosa conclusión de la serie ÁRBOLES.

Jesús no restaura nuestra vista para que sigamos viviendo como si estuviéramos ciegos. Restaurar nuestra vista para que podamos caminar fielmente en la luz hasta el día en que lo veamos cara a cara.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Escribe una breve oración pidiéndole a Dios una dependencia fresca de Él hoy, no solo la victoria de ayer.

.....

.....

.....

.....

Conclusión: La Responsabilidad de Aquellos Que Han Sido Restaurados

Cuando damos un paso atrás y observamos todo el relato del ciego en Betsaida, descubrimos que este milagro no se trata principalmente de la vista, sino del discipulado. Es la historia de todo creyente. Alguna vez fuimos ciegos, incapaces de discernir las cosas de Dios, caminando según nuestro propio entendimiento, moldeados por ambientes que nunca podrían producir vida, y dependientes de un mundo que en sí mismo no podía ver. Entonces Jesús nos encontró. Nos tomó de la mano cuando no podíamos encontrar nuestro propio camino. Pacientemente nos alejó de los lugares que obstaculizaban nuestra fe. Nos tocó con su gracia. Continuó obrando en nosotros cuando nuestro entendimiento todavía estaba incompleto. Se rehusó a abandonarnos cuando solo podíamos ver “hombres como árboles que andaban”. En cambio, nos tocó de nuevo hasta que nuestra vista se hizo clara. Qué misericordia tan increíble que el Señor no deja a sus hijos en un entendimiento parcial, sino que pacientemente continúa su obra hasta que podamos ver a través de la luz de su verdad.

Sin embargo, Marcos se rehúsa a dejarnos terminar la historia allí, porque Dios nunca pretendió que la restauración se convirtiera en el destino de la vida cristiana. La restauración es la puerta de entrada al discipulado. El milagro alcanza su plenitud solo cuando el hombre comienza a caminar según la palabra de Cristo. Esto explica por qué las últimas palabras de Jesús no son otra promesa, sino un mandamiento. Aquel que restauró la vista del hombre también reclamó el derecho de dirigir su futuro. Esa es la naturaleza del verdadero señorío. Jesús no solo sana nuestras vidas; se convierte en Señor sobre nuestras vidas. No solo restaura lo que estaba quebrantado; nos enseña cómo administrar lo que ha sido restaurado. Todo milagro es una invitación a una obediencia más profunda, porque el propósito de la gracia siempre ha sido la transformación.

Esta verdad expone uno de los mayores peligros que enfrenta la Iglesia moderna. Podemos volvernos tan fascinados con momentos de experiencia espiritual que descuidamos el proceso de toda una vida de la formación espiritual. Nos regocijamos cuando las personas reciben el Espíritu Santo, y con razón. Celebramos bautismos, milagros, sanidades, liberaciones y oraciones contestadas, y deberíamos hacerlo. El cielo mismo se regocija cada vez que un pecador se arrepiente. Pero esos momentos

gloriosos nunca pretendieron ser la línea de meta. Son el comienzo de un nuevo viaje. La evidencia de que alguien verdaderamente ha encontrado a Cristo no es simplemente que tuvo una experiencia un domingo; es que meses y años después su carácter se asemeja cada vez más a Jesucristo. El mayor testimonio de la salvación no es simplemente una eternidad cambiada: es una vida transformada.

Por eso el Nuevo Testamento enfatiza repetidamente la perseverancia. Jesús declaró: “Mas el que persevere hasta el fin, este será salvo” (Mateo 24:13, RVR1960). Pablo testificó cerca del final de su ministerio: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Timoteo 4:7, RVR1960). Ni Jesús ni Pablo vieron la vida cristiana como un solo evento. La describieron como una carrera que debe terminarse, una batalla que debe resistirse, y una fe que debe guardarse fielmente hasta el final mismo. La restauración comienza en un momento, pero la mayordomía fiel continúa a lo largo de toda una vida. Cada día se convierte en otra oportunidad para permanecer en la luz que Cristo nos ha dado en lugar de regresar a la oscuridad de la cual nos libró.

Quizás por eso el mandamiento final que Jesús le dio al ciego todavía habla con tanto poder a la Iglesia de hoy. “Ve a tu casa. No regreses.” Esas simples palabras resumen todo el viaje del discipulado. Ve a donde tu fe pueda crecer. Ve a donde tu familia pueda experimentar el fruto de tu transformación. Ve a donde tu obediencia se convierta en parte de tu vida diaria. Pero no regreses a los lugares, actitudes, conversaciones, relaciones y patrones que alguna vez normalizaron la ceguera espiritual. Cristo no nos rescató para que pudiéramos volver a visitar la misma esclavitud de la cual nos libró. Nos llamó a andar en novedad de vida. Como Pablo escribió: “Somos, pues, sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo... así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4, RVR1960). La nueva vida requiere un nuevo caminar.

Al concluir la serie ÁRBOLES, surge una imagen final que une cada lección. La primera vez que el hombre miró, vio árboles que andaban. Su visión estaba distorsionada. Después del segundo toque, vio de lejos y claramente a todos. Su percepción había sido restaurada. Pero solo después de obedecer la instrucción de Cristo su vida verdaderamente reflejaría el milagro que había recibido. De la misma manera, todo creyente pasa por estas mismas etapas. Comenzamos con una visión distorsionada. Cristo pacientemente restaura nuestro entendimiento. Luego nos confía la responsabilidad de vivir conforme a lo que Él nos ha revelado. La madurez espiritual no se mide por cuánta verdad sabemos, sino por cuán fielmente vivimos la verdad que sabemos. La visión más clara del mundo significa muy poco si nunca cambia la dirección de nuestras vidas.

Un día, todo creyente experimentará la restauración final prometida en la Escritura. Pablo nos recuerda: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara” (1 Corintios 13:12, RVR1960). Aun ahora, mientras crecemos en Cristo, nuestro entendimiento continúa madurando. Todavía hay verdades que Él nos está enseñando, áreas donde continúa santificándonos, y lugares donde continúa refinando nuestros corazones. Pero viene un día en que todo rastro de ceguera espiritual desaparecerá para siempre. Veremos a nuestro Salvador cara a cara. La fe se convertirá en vista. La esperanza se convertirá en realidad. Toda lucha contra el pecado cesará, y toda obra de restauración que Cristo comenzó finalmente se completará en su gloriosa presencia.

Hasta ese día, nuestro llamado permanece sin cambios. Debemos caminar en la luz que Él nos ha dado. Debemos guardar lo que su gracia ha restaurado. Debemos abrazar sus límites como actos de su amor. Debemos dejar que nuestros hogares se conviertan en el primer lugar donde su transformación es visible. Debemos rechazar toda invitación a regresar a la ceguera de la cual nos ha librado. Debemos administrar fielmente cada don, cada revelación, cada milagro y cada oportunidad que Él coloca en nuestras manos.

Porque la mayor evidencia de que verdaderamente hemos visto a Jesús no es que podamos hablar de Él con mayor conocimiento.

Es que lo seguimos con mayor obediencia.

La mayor evidencia de que verdaderamente hemos recibido restauración no es que nuestro testimonio describa lo que sucedió hace años.

Es que nuestras vidas continúan reflejando lo que Jesús está haciendo hoy.

Y el mayor milagro de todos no es simplemente que Jesús abre ojos ciegos.

Es que aquellos cuyos ojos Él ha abierto eligen, cada día, caminar fielmente en la luz que Él tan graciosamente les ha dado.

Puntos Clave

◆ El milagro en Betsaida nos enseña que Jesús nunca está satisfecho dejando a su pueblo en una visión parcial. A lo largo del relato, Cristo pacientemente guía, toca, restaura, instruye y comisiona al ciego hasta que la obra está completa. Cada paso revela otro aspecto del propósito redentor de Dios. El Señor primero saca al hombre de un ambiente insalubre, luego restaura su vista, y finalmente le da dirección. Esta progresión nos recuerda que a Dios le importa no solo lo que vemos, sino cómo vivimos después de ver. La mayor evidencia de que Cristo ha obrado en nuestras vidas no es simplemente que hemos recibido revelación, sino que nuestras vidas diarias reflejan esa revelación a través de la obediencia fiel.

◆ Esta lección también nos enseña que la restauración es tanto un regalo como una responsabilidad. Todo comienza con la gracia. El ciego no ganó su sanidad, así como nosotros nunca podríamos ganar nuestra salvación. Jesús inició el milagro, así como Él inicia nuestra redención. Sin embargo, después de que la gracia ha hecho su obra, comienza la responsabilidad. El Señor espera que aquellos a quienes restaura administren lo que les ha dado. Somos llamados a proteger nuestro caminar con Dios, guardar nuestros corazones, abrazar sus límites y someter continuamente nuestras vidas a su dirección. La gracia no elimina la responsabilidad; la gracia empodera la responsabilidad.

◆ Otro principio que surge a lo largo de este estudio es que los límites de Dios son expresiones de su amor más que limitaciones a nuestra libertad. Todo mandamiento que Cristo le dio al ciego estaba diseñado para preservar el milagro que acababa de tener lugar. Asimismo, todo mandamiento bíblico

protege algo precioso en la vida del creyente. La Palabra de Dios guarda a nuestras familias, nuestros matrimonios, nuestras mentes, nuestras relaciones, nuestra adoración y nuestra comunión con Él. Mientras más claramente vemos a Jesús, menos cuestionamos sus mandamientos porque reconocemos que Aquel que da la instrucción es el mismo que amorosamente restauró nuestras vidas.

❖ Quizás el mayor reto presentado por este pasaje se encuentra en el mandamiento de regresar a casa en lugar de a la aldea. Jesús entendía que la transformación genuina primero debe volverse visible en privado antes de ser demostrada públicamente. Nuestras familias deberían experimentar el fruto de nuestra relación con Cristo antes de que el mundo escuche nuestro testimonio. La mayor evidencia de madurez espiritual no es el ministerio público, el talento o el reconocimiento, sino la fidelidad silenciosa en los momentos ordinarios de la vida. Un hogar transformado es a menudo el testimonio más claro de un corazón transformado.

❖ Finalmente, este pasaje nos recuerda que la vida cristiana no se mide por experiencias espirituales aisladas, sino por la obediencia continua. Cada día presenta una nueva oportunidad para caminar en la luz que Cristo nos ha dado. Cada decisión fortalece o debilita nuestra mayordomía de su gracia. La meta no es simplemente recordar el día en que Jesús nos tocó, sino continuar caminando fielmente porque Él nos tocó. La restauración alcanza su máxima expresión cuando nuestras vidas reflejan consistentemente a Aquel que nos restauró.

El ciego entró a Betsaida necesitando que alguien lo guiara de la mano.

Salió de Betsaida caminando bajo la dirección de Jesucristo.

Ese es el viaje de todo discípulo.

❖ Cristo nos toma donde estamos, restaura lo que el pecado ha quebrantado, nos enseña a ver claramente, y luego nos llama a pasar el resto de nuestras vidas caminando en obediencia fiel hasta el día en que nuestra fe se convierta en vista.

Complete el Espacio en Blanco

Complete cada afirmación usando las palabras que mejor se ajusten a la lección.

1. Jesús no restauró la _____ del ciego para que siguiera viviendo como ciego. La restauró para que pudiera caminar en _____.
2. La restauración no se trata simplemente de lo que Jesús nos devuelve; se trata de en qué nos _____ después de que Él restaura lo que hemos _____.
3. Todo milagro de Dios está destinado a producir _____ espiritual, no simplemente _____ temporal.

4. Los _____ de Dios no son castigo; son su amorosa _____ sobre lo que Él ha restaurado.
5. Jesús le dijo al ciego que fuera a su _____ pero que no regresara a la _____, enseñando que la transformación primero debe vivirse en privado antes de mostrarse en público.
6. La evidencia continua del Espíritu Santo es el _____ del Espíritu, produciendo un _____ semejante a Cristo en el creyente.
7. No protegemos la restauración de Dios a través del temor, sino a través de una fiel _____ y una _____ diaria.
8. El milagro estuvo completamente completo no simplemente cuando el ciego pudo _____ claramente, sino cuando comenzó a _____ según la palabra de Jesús.

Clave de Respuestas: Para Líderes de Grupo

vista; obediencia • convertimos; perdido • transformación; alivio • límites; protección • casa; aldea • fruto; carácter • mayordomía; obediencia • *ver; caminar